

La doncella estaba malhumorada, entorpecida aún; y gruñó que la señora hubiera debido decidirse la primera tarde. Después, mientras la seguía al pasar por la alcoba, le preguntó qué era lo que debía hacer con aquel par. Bordenave seguía roncando. Jorge, que había venido cazurramente á hundir su cabeza en una almohada, acabó por dormirse, con un ligero aliento de querubín. Naná contestó que les dejara dormir. Mas enterneciéndose de nuevo, viendo entrar á Daguinet; éste la había acechado desde la cocina y traía el aire muy triste.

—¡Ea, querido Mimi; sé razonable!—dijo ella, enlazándole con sus brazos y besándole con toda especie de mimos.—Esto no cambia nada; á quien amo únicamente, es á Mimi... ¿No es verdad?... ¡era preciso!... Y te juro que será más gracioso todavía. Ven mañana, y combinaremos las horas... Pronto, ¡dame un abrazo de los tuyos!... ¡Oh, más fuerte, más fuerte aun!

Y se escapó, yendo á reunirse con Steiner, feliz, poseída de nuevo por su idea de beber leche. En el salón vacío, el conde de Vandevres permanecía solo, con el caballero condecorado que había recitado el «Sacrificio de Abraham», clavados ambos ante la mesa de juego, no sabiendo donde estaban, ni advirtiendo la luz del día, mientras que Blanca había tomado la resolución de tenderse sobre un canapé, para ver de conciliar el sueño.

—¡Ah, Blanca vendrá con nosotros!—gritó Naná.—¡Vamos á beber leche, querida!... ¡Venid; aún encontraréis á Vandevres cuando volvamos!

Blanca se levantó perezosamente. Esta vez, la faz congestionada del banquero palideció de contrariedad, á la idea de llevar consigo á aquella mocetona, que les estorbaría. Pero las dos mujeres le habían agarrado ya de los brazos, repitiendo:

—Ya lo sabéis; queremos que se ordeñe en nuestra presencia.

V

Dábase, en Variedades, la trigésima cuarta representación de la «Rubia Venus.» Acababa de terminar el acto primero. En el «foyer» de los artistas, Simona, vestida de lavanderita, estaba en pie ante la consola provista de un espejo, entre las dos puertas del ángulo que se abrían en escuadra sobre el pasillo de los cuartos. Completamente sola, examinábase, y con el dedo tocaba los efectos del colorete, mientras que los mecheros de gas, á los dos lados del espejo, la calentaban con sus chorros de cruda luz.

—¿Ha llegado ya?—preguntó Prullière, entrando, vestido de almirante suizo, con su gigantesco sable, sus enormes botas y su inmenso penacho.

—¿Quién?—dijo la Simona sin volverse, y riendo al espejo, para ver sus labios.

—El príncipe.

—No sé; voy á bajar... ¡Ah, con que ha de venir! ¡por lo visto, viene todas las noches!

Prullière se había aproximado á la chimenea, situada frente al espejo, en la cual ardía fuego de cok; otros dos mecheros brillaban allí, con esplendente llama. Levantó la vista, miró el reloj y el barómetro, á derecha é izquierda, sostenidos por doradas esfinges de la época del Imperio. Después, se repantigó en un amplio y acolchado sillón, cuyo terciopelo verde, desgastado por cuatro generaciones de cómicos, había adquirido amarillentos matices; y permaneció así inmóvil, fija la mirada en el vacío, y en la actitud resignada y aburrida de los artistas habituados á las esperas de su salida en escena.

El viejo Bosc acababa de comparecer á su vez, arrastrando los pies, tosiendo, envuelto en un antiguo carrik amarillo, uno de cuyos paños, resbalado de un hombro, dejaba ver la casaca bordada del rey Dagoberto. Durante un corto rato, después de haber de-

jado su corona sobre el piano, sin decir una palabra, paseó, de mal humor, aunque con aire de valentón, agitadas sus manos por un principio de alcoholismo, al par que una luenga barba blanca daba un aspecto venerable á su encendida faz de borracho. Después, surgiendo del silencio el ruido de un chaparrón que azotaba los cristales de la gran ventana cuadrada que daba al patio, el viejo hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué tiempo más cochino!—gruñó.

Simona y Prullière ni siquiera volvieron la cabeza. Cuatro ó cinco cuadros, unos paisajes, un retrato del actor Venet amarilleaban, á la luz del gas. Sobre un pedestal, un busto de Potier, una de las antiguas glorias del Teatro de Variedades, miraba con sus ojos vacíos. En esto, sonó una voz fuerte. Era Fontana, con su traje del segundo acto, de mozo elegante, vestido completamente de amarillo, y hasta con amarillos guantes.

—¿No lo sabéis?—gritó gesticulando.—¿no lo sabéis? Hoy son mis días.

—¡Toma!—murmuró Simona, aproximándose con una sonrisa, como atraída por aquella gran nariz, y aquella boca de cómica ampliamente rasgada:—¿te llamas Aquiles, por ventura?

—¡Precisamente!... y voy á decir á la señora Bron que suba champagne, después del segundo acto.

Hacia un momento que se oía á lo lejos, el retintín de una campanilla. El sonido prolongado se debilitó, y volvió después: y cuando hubo cesado, corrió un grito, subiendo y bajando la escalera y perdiéndose en los pasillos: «¡A escena para el segundo!... ¡A escena, para el segundo!» El grito se iba aproximando, hasta que un hombrecillo pálido, pasando por delante de las puertas del «foyer», repitió, con toda la fuerza de su delicada voz: «¡A escena, para el segundo!»

—¡Diantre! ¡Champagne!—dijo Prullière, como si no hubiese oído esa batahola;—¡no van mal!

—Yo, en tu lugar, haría que lo trajesen del café,—declaró lentamente el viejo Bosc, que se había sentado en un banquillo de terciopelo verde, con la cabeza apoyada en la pared.

Pero Simona objetaba que era preciso respetar los pequeños negocijos de la señora Bron. Y palmoteaba, excitada, devorando con la vista á Fontan, cuyo rostro de hocico de cabra se agitaba en un juego incesante de los ojos, de la nariz, y de la boca.

—¡Oh, qué Fontan éste!—murmuraba ella:—¡nadie como él, nadie!

Las dos puertas del «foyer» permanecían abiertas de par en par sobre el corredor que conducía á bastidores. A lo largo de la pared amarilla, vivamente iluminada por una linterna de gas, que no se veía, pasaban siluetas rápidas, hombres vestidos y caracterizados, mujeres medio desnudas, envueltas en chales, toda la comparsa del segundo acto, los danzantes del baile de la «Boule Noire», y allá, al extremo del corredor, oíase el rápido bajar de los pies, golpeando los cinco escalones de madera que conducen al escenario. Como Clarisa pasara por allí corriendo, Simona la llamó; pero aquella, sin detenerse, contestó que volvía en seguida. Y reapareció casi al momento, efectivamente, tiritando, bajo la delgada túnica y la banda de Isis.

—¡Demonio!—exclamó al entrar.—¡qué frío hace! ¡y yo que me he dejado el abrigo en el cuarto!

Después, en pie ante la chimenea y tostando sus piernas, cuyo pantalón de malla se teñía de rosa fuerte, repuso:

—Ha llegado el príncipe.

—¡Ah!—gritaron los demás, con curiosidad.

—Sí, por eso corría yo; quería verle... Está en el palco-proscenio de la derecha, en el mismo que ocupó el jueves. ¿Qué tal? Con esta van tres veces que viene, en ocho días. ¡Tiene una suerte esa Naná! Yo estaba apostando que no vendría.

Simona abrió la boca, pero sus palabras quedaron sofocadas por un nuevo grito, que estalló cerca del «foyer.» La aguda voz del avisador lanzaba, en el pasillo á todo vuelo: «¡A escena!»

—El lance empieza ya á picar en historia; ¡tres veces!—dijo Simona, cuando pudo hablar.—Ya sabéis que él no quiere ir á su casa, y que se la lleva á la suya. Y, según me parece, la cosa le cuesta cara.

—¡Pardiez! ¡cuándo se ha de pasar á domicilio!—murmuró malignamente Prullière, levantándose para dirigir al espejo una ojeada de buen mozo adorado por las damas.

—«¡A escena, que va á empezar!»—repetía la voz, cada vez más lejana, del avisador, recorriendo los pisos y los pasillos.

Entonces Fontan, que sabía cómo ocurrió aquello la primera vez entre el príncipe y Naná, refirió la historia á las dos mujeres, que se apretaban contra él, riendo en voz alta, cuando se inclinaba para darles ciertos detalles. El viejo Bosc, lleno de indiferencia, no se había movido. Esas cosas ya no le interesaban. Acariciaba á un gato rojo, redondo como una bola, que yacía muy satisfecho sobre el banquillo; y acabó por cogerle en brazos, con la bonachona ternura de un rey complaciente. El gato arqueaba el espinazo; y luego, después de olfatear largo rato la gran barba blanca, repugnándole sin duda el olor del engrudo, volvió á tenderse en rosca sobre el banquillo. Bosc permanecía grave y absorto.

—No importa, querido; yo, en tu lugar, pediría el champagne al café; lo dan mucho mejor,—dijole de repente Fontan, cuando éste acabó su historieta.

—¡Se ha empezado!—gritó la voz larga y desgarrada del avisador.—¡Se ha empezado, se ha empezado!

El grito rodó un instante. Oyóse un ruido de pasos rápidos. Por la puerta del pasillo, bruscamente abierta, entró una bocanada de música, un rumor lejano;

y la puerta volvió á cerrarse, dejando oír el sordo golpe de su acolchada hoja.

De nuevo, reinaba una pesada paz en el «foyer» de los artistas, como si se hallara á cien leguas de aquella sala donde una muchedumbre estaba aplaudiendo. Simona y Clarisa proseguían ocupándose de Naná. ¡Otra que no se daba gran prisa! la víspera, sin ir más lejos, retrasó su salida á escena. Pero las dos se callaron: una muchacha alta acababa de asomar la cabeza, y viendo que se equivocaba, se había largado hacia el fondo del pasillo. Era Satin, con su sombrero y su velo, dándose aires de señora en visita. «¡Valiente zorra!» murmuró Prullière, quien la encontraba todas las noches, desde hacía un año, en el café de Variedades. Y Simona refirió que Naná, habiendo reconocido en Satin una antigua amiga de colegio se había encaprichado por ella é importunaba á Bordenave, para que la hiciese debutar.

—¡Hola! Buenas noches,—dijo Fontan, estrechando la mano á Mignon y Fauchery que entraban.

Hasta el mismo viejo Bosc tendió los dedos, mientras que las dos mujeres abrazaban á Mignon.

—¿Está bien la sala, esta noche?—preguntó Fauchery.

—¡Ah, soberbia!—respondió Prullière.—Es de ver lo embobados que están.

—Cuidado, hijos míos,—observó Mignon;—que no se os pase la salida.

Sí, dentro de un rato. Ellos no salían hasta la cuarta escena. Únicamente se levantó Bosc, con el instinto del viejo pisatrabas que olfatea su turno. Precisamente, en aquel momento aparecía el avisador á la puerta:

—¡Señor Bosc! ¡señorita Simona!—gritó.

Rápidamente, Simona se echó un abrigo de pieles sobre los hombros y salió. Bosc, sin apresurarse, fué á coger su corona, que se colocó en la frente, de un golpe; después, arrastrando su manto, y mal soste-

nido por sus piernas, salió, gruñendo, con el aire de un hombre á quien están fastidiando.

—Habéis sido muy amables en vuestra última crónica—repuso Fontan, dirigiéndose á Fauchery;—pero ¿por qué decís que los cómicos son orgullosos?

—Sí, querido; ¿por qué dices esto?—exclamó Mignon, abatiendo sus manazas sobre los delgados hombros del periodista, cuyo cuerpo se dobló.

Prulliére y Clarisa contuvieron una carcajada. Desde hacía algún tiempo, el teatro entero se divertía con una comedia que se representaba entre bastidores. Mignon, furioso por el capricho de su mujer, resentido al ver que Fauchery no aportaba al matrimonio más que una publicidad discutible, había imaginado vengarse de éste, colmándole de pruebas de amistad; así, pues, cada noche, cuando le encontraba en el escenario, le llenaba de golpes, como impulsado por un exceso de ternura; y Fauchery, débil al lado de este coloso, se veía precisado á aceptar los pescozones, sonriendo por fuerza, para no enfadarse con el marido de Rosa.

—¡Sí, buen mozo; insultas á Fontan!—repuso Mignon, llevando adelante la broma.—¡En guardia! ¡A la una, á las dos, y... allá va, en medio del pecho!

Se había echado á fondo, asestando un bote tal al joven, que éste quedó un instante sumamente pálido, con la palabra cortada. Pero Clarisa, con un guiño de ojos, señaló á los demás la presencia de Rosa Mignon, que acababa de presentarse en el umbral del «foyer.» Rosa, que había visto la escena, se encaminó en derechura hacia el periodista, como si no advirtiese la presencia de su marido, y, empujándose, con los brazos desnudos en su traje de bebé, presentó la frente, con gesto de zalamería infantil.

—Buenas noches, Bebé,—dijo Fauchery, besándola con familiaridad.

Estas eran sus revanchas. Mignon ni siquiera pareció notar este beso; todo el mundo besaba á su

mujer en el teatro. Pero se rió de un modo particular, dirigiendo una ligera mirada al periodista; de seguro que éste iba á pagar cara la bravata de Rosa.

En el pasillo, la puerta acolchada se abrió y volvió á cerrarse, soplando hasta el «foyer» una tempestad de aplausos. Simona regresaba, después de su escena.

—¡Oh, el tío Bosc ha causado un gran efecto!—gritó.—El príncipe se desternillaba de risa y aplaudía lo mismo que los demás, como si le hubiesen pagado para ello...—Decidme ¿conocéis al señor alto que está al lado del príncipe, en el palco proscenio? Un guapo mozo, de aire muy digno, con patillas soberbias.

—Es el conde Muffat,—contestó Fauchery.—Recuerdo que el príncipe, anteayer, en la habitación de la emperatriz, le invitó á comer para esta noche... y, después, se lo habrá traído consigo.

—¡Toma! ¡el conde Muffat! nosotros conocemos á su suegro, ¿verdad, Augusto?—dijo Rosa, dirigiéndose á Mignon.—Ya sabes á quién me refiero; el marqués de Chouard, en cuya casa canté... Precisamente, también está, en el teatro. Le he vislumbrado en el fondo de un palco. ¡Vaya un viejo!...

Prulliére, que acababa de encasquetarse su inmenso penacho, se volvió para llamarla:

—¡Ea! Rosa, ¡Vamos allá!

Rosa le siguió corriendo, sin terminar su frase. En aquel momento, la portera del teatro, la señora Bron, pasaba por delante de la puerta, con un enorme ramo en los brazos. Simona le preguntó en broma, si era para ella; mas la portera sin contestar, designó con un gesto el cuarto de Naná, al fondo del pasillo.

¡Dichosa Naná! La cubrían de flores. Después, al regresar, entró la señora Bron una carta á Clarisa, la cual soltó un reniego ahogado. ¡Todavía ese pelma de la Faloise! ¿se había propuesto no dejarla tran-

quía? Y cuando supo que el caballero esperaba en el cuarto de la portera, gritó:

—Decidle que bajaré acabado el acto... ¡Voy á plantarle los cinco dedos en la cara!

Fontan se había precipitado, repitiendo:

—Señora Bron, oid... Oid, señora Bron... Subid, en el entreacto, seis botellas de champagne...

Pero el avisador había reaparecido, jadeante, entonando:

—¡Todo el mundo á escena!... Señor Fontan, despatchad; ¡vivito!

—Sí, sí; allá vamos, papá Barillot,—respondió Fontan, atareado.

Y, corriendo en pos de la señora Bron, repetía:

—¿Estamos, eh? seis botellas de champagne al «foyer», en el entreacto... ¡Hoy son mis días!... ¡yo pagol!...

Simona y Clarisa se habían marchado, con un gran ruido de faldas. Quedó el «foyer» despejado; y cuando la puerta del pasillo hubo vuelto á cerrarse sordamente, oyóse, en el silencio, un nuevo chaparrón que golpeaba los cristales. Barillot, un vejete pálido, empleado en el teatro desde hacía treinta años, se había acercado familiarmente á Mignon, presentándole abierta su caja de rapé. Este polvo ofrecido y aceptado le daba un minuto de reposo en sus continuas carreras á través de la escalera y de los pasillos de los cuartos. Verdad es que todavía faltaba avisar á la «señora Naná», como la llamaba él; pero esta obraba á su antojo y se burlaba de las multas; cuando quería retardar su entrada, la retardaba. Pero se quedó asombrado, murmurando:

—¡Tomal ¡Ya está preparada! ¡hédla aquí!... Sin duda sabe que el príncipe ha llegado.

Naná, en efecto, apareció en el pasillo, vestida de verdulera, los brazos y el rostro blancos, y con dos placas de colorete debajo de los ojos. Y sin entrar,

saludó sencillamente á Mignon y Fauchery, con un movimiento de cabeza:

—¡Buenas noches! ¿qué tal va de salud?

Sólo Mignon estrechó la mano que tendía ella. Y Naná prosiguió su camino, majestuosamente, seguida por su camarera que, mientras le iba pisando los talones, se inclinaba para arreglarle los pliegues de la falda. Después, en pos de la camarera y cerrando el cortejo, llegó Satin, procurando ostentar los aires de una mujer «comme il faut», y aburriéndose á más no poder.

—¿Y Steiner?—preguntó bruscamente Mignon.

—El señor Steiner partió ayer para Loiret,—dijo Barillot, que volvía hacia la escena.—Creo que va á comprar allí una quinta...

—¡Ah! sí; ¡ya sé! ¡La quinta de Naná!

Mignon se había puesto serio. ¡Steiner, que en otro tiempo había ofrecido un hotel á Rosa! En fin, era preciso no refir con nadie; tratábase sólo de atraer una ocasión. Embebido en sus cavilaciones, pero siempre superior á todo, paseábase Mignon desde la chimenea á la consola. En el «foyer» quedaban únicamente él y Fauchery. El periodista, fatigado, acababa de arrellenarse en el fondo de una gran butaca y permanecía muy tranquilo, entornados los párpados, bajo las miradas que el otro le dirigía al pasar.

Cuando se hallaban solos, Mignon desdénaba el aporrearle: ¿para qué, no habiendo nadie que gozara de la escena? ¡maldita la gracia que encontraba en divertirse á sí mismo con sus bromas de marido chocarrero! Fauchery, venturoso en esta tregua de algunos minutos, estiraba lánguidamente los pies ante el fuego, mirando al aire, desde el barómetro al reloj. En su marcha, Mignon se plantó enfrente del busto de Potier, y le miró sin verle; y después, volvió á dirigirse á la ventana, á través de la cual se ahuecaba el oscuro agujero del patio. La lluvia había cesado, subsiguiéndose un silencio profundo, hecho toda-

vía más pesado por el fuerte calor del cok y el llamear de los mecheros de gas.

Ni el más mínimo ruido venía de los bastidores. La escalera y los pasillos parecían muertos. Era, uno de esos silencios sofocados de fin de acto, cuando la compañía en peso mueve en la escena la batahola ensordecedora de algún final, mientras que el «foyer» vacío se duerme en un zumbido de asfixia.

—¡Ah! ¡maldita canalla!—exclamó de repente la enronquecida voz de Bordenave.

Acababa de llegar en aquel momento, y vociferaba ya contra dos figurantas, que habían estado á pique de tenderse panza arriba en la escena, con objeto de representar mejor su papel de imbéciles. Al percibir á Mignon y á Fauchery, les llamó para enseñarles algo: el príncipe había manifestado el deseo de pasar á felicitar á Naná en su cuarto, durante el entreacto. Pero mientras les llevaba hacia el escenario, acertó á pasar el director de escena:

—Plantad una multa á esas bestias de Fernanda y María—exclamó enfurecido Bordenave.

Después, calmándose, y procurando revestirse de la dignidad de su papel se pasó el pañuelo por la cara y añadió:

—¡Voy á recibir á Su Alteza!

El telón caía, en medio de una prolongada salva de aplausos. En seguida, hubo una desbandada en la semi-obscuridad de la escena, no iluminada ya por la batería; los actores y los comparsas se apresuraban á volver á sus cuartos, en tanto que los tramoyistas quitaban rápidamente la decoración. Sin embargo, Simona y Clarisa, en resumidas cuentas, prefería no ver á la Faloise, quien no se decidía á dejarla para enredarse con Gagá. Simona se encargaba de ir sencillamente á explicarle que no se colgase á una mujer de aquel modo. En una palabra, le daría pasaporte.

Entonces, Simona, de lavandera de opereta, cubiertos los hombros con su abrigo, bajó la estrecha esca-

lera de caracol, de peldaños grasientos y húmedas paredes, que conducía al cuarto de la portera. Este cuarto, situado entre la escalera de los artistas y de la administración, cerrado á derecha é izquierda por anchos tabiques de vidriera, era como una gran linterna transparente, donde ardían violentamente dos mecheros de gas.

En un estante, apilábanse cartas y periódicos. Sobre la mesa, veíanse ramos de flores, que esperaban su turno al lado de platos sucios olvidados y de un viejo corpiño, cuyos ojales remendaba la portera. Y, en medio de este desorden de desván, cuatro caballeros de alta sociedad, enguantados, correctos, ocupaban las cuatro viejas sillas de paja, con aire paciente y sumiso, volviendo vivamente la cabeza cada vez que la señora Bron bajaba del escenario con respuestas. Acababa precisamente, de entregar una carta á una joven, que se había apresurado á ir á abrir en el vestíbulo, bajo el mechero de gas y que había palidecido ligeramente, al encontrar esta frase clásica, tantas veces leída en aquel sitio: «No es posible esta noche querido; estoy comprometida.»

La Faloise estaba sentado en una de las sillas del fondo, entre la mesa y la estufa, y parecía muy decidido á pasar allí la noche, aun cuando muy inquieto, encogiendo sus largas piernas, porque toda una familia de gatitos negros se encarnizaba contra él, mientras la gata, sentada sobre el brasero, le contemplaba fijamente con sus amarillos ojos.

—¡Hola! ¿sois vos, señorita Simona? ¿qué se os ofrece?—preguntó la portera.

Simona le suplicó que hiciera salir á la Faloise: pero la señora Bron no pudo complacerla inmediatamente. Tenía, bajo de la escalera, en una especie de armario profundo, una pequeña cantina donde los comparsas bajaban á beber durante los entreactos; y como había allí cinco ó seis mocetones, vestidos aun de cancanistas de la «Boule Noire», reventando de sed

é impacientes, la portera perdía un poco la cabeza. Brillaba en el armario un mechero de gas; y se veían allí una mesa cubierta por una hoja de zinc y estantes provistos de botellas empezadas. Cuando se abría la puerta de aquella bodega, salía un violento soplo de alcohol, que se mezclaba con el olor de bodrio de la portería y el penetrante perfume de los ramos que sobre la mesa estaban.

—Con que,—repuso la portera, cuando hubo despachado á los comparsas,—¿llamáis al morenito que está allá, en el fondo?

—¡No tal, no equivocarse!—dijo Simona.—Es el flaco, allí, junto á la estufa, aquel á quien vuestra gata le huele el pantalón.

Y se llevó á la Faloise al vestíbulo, mientras que los demás caballeros se resignaban, medio sofocados, comprimidas sus gargantas, y los comparsas bebían en los peldaños de la escalera, repartiéndose pescozones, con roncás alegrías de borrachos.

Arriba, en el escenario, Bordenave se enfurecía contra los tramoyistas, que nunca acababan de quitar la decoración. Parecía que lo hiciesen adrede; el príncipe iba á recibir algún telón en la cabeza.

—¡Arriba! ¡arriba!—gritó el maquinista.

Por fin, subió el telón de fondo y quedó libre la escena. Mignon, que acechaba á Fauchery, aprovechó la ocasión para comenzar de nuevo sus pesadas bromas. Le cogió entre sus enormes brazos, gritando:

—¡Tened cuidado! ¡poco ha faltado para que os aplastara ese mástil!

Y lo levantaba en el aire, lo sacudía, antes de ponerle de nuevo en el suelo. Notando las risas exageradas de los tramoyistas, Fauchery se puso pálido; temblábanle los labios y estuvo á punto de rebelarse, mientras que Mignon se hacía el bonachón, dándole en los hombros palmadas afectuosas capaces de partirle por mitad, repitiendo:

—¡Es que me interesa mucho vuestra salud! ¡Dian-

tre! ¡no me consolaría jamás si os sucediese una desgracia!

En esto circuló un murmullo: «el príncipe! ¡el príncipe!» Y todos volvieron los ojos hacia la puertecita de la sala. Aun no se percibía más que el dorso redondo de Bordenave, con su cuello de carnicero, doblándose é hinchándose en una serie de obsequiosos saludos. Después, apareció el príncipe, alto, robusto, de barba rubia, piel sonrosada, con una distinción de vividor robusto y cuyos vigorosos miembros se indicaban bajo el irreprochable corte de su levita. En pos de él seguía el conde Muffat y el marqués de Chouard. En aquel rincón tan obscuro del teatro, anegábase este grupo en medio de las grandes sombras movibles. Para hablar á un hijo de reina, al futuro heredero de un trono, Bordenave había adoptado una voz de exhibidor de osos, temblorosa, de falsa emoción. Y repetía:

—Si Su Alteza se digna seguirme... Su Alteza tendrá la bondad de pasar por aquí... Tenga cuidado Su Alteza...

El príncipe no se daba la menor prisa, mostrando gran interés y quedándose atrás, para ver la maniobra de los tramoyistas. Acababan de bajar un rastrillo, y esta batería, suspendida en sus mallas de alambre, iluminaba la escena con ancha línea de claridad. Muffat, sobre todo, que nunca había visitado los bastidores de un teatro, se asombraba, poseído de cierto malestar, de una vaga repugnancia mezclada de miedo. Levantaba los ojos hacia la bóveda, donde otras baterías con los mecheros á media luz, parecían constelaciones de estrellas azuladas, en el caos del telar y de las cuerdas de todos diámetros, decoraciones y telones de foro extendidos en el aire, como inmensas sábanas puestas á secar.

—¡Abajo!—gritó de repente el encargado de la maquinaria.

Y fué preciso que el mismo príncipe previniera al

conde. Bajaban un telón, perteneciente á la decoración del acto tercero, la gruta del monte Etna. Unos operarios colocaban mástiles en las costeras, otros iban á buscar los bastidores y volvían con ellos, atándolos luego á los mástiles con gruesas cuerdas. En el fondo, para producir la viva llama que brotaba de la ardiente fragua del Vulcano, un lampista había fijado un candelabro, cuyos mecheros provistos de globos rojos encendía. Era aquello una confusión, una apariencia de atropello, donde los menores movimientos estaban reglamentados; mientras que, entre este apresuramiento, el apuntador, para desentumecer sus piernas, se paseaba á cortos pasos.

—Su Alteza me honra en demasía,—decía Bordenave, inclinándose siempre.—El teatro no es grande; hacemos cuanto podemos... Ahora, si Su Alteza se digna seguirme...

Ya el conde Muffat se dirigía hacia el pasillo de los cuartos. La pendiente asaz rápida de la escena le había sorprendido y su inquietud provenía especialmente de ese piso que sentía moverse bajo sus pies; por las abiertas costeras veíanse los mecheros de gas ardiendo en el foso; era una vida subterránea, con profundidades de obscuridad, voces de hombres y soplidos de bodega. Pero, mientras subía, un incidente le detuvo. Dos jovencitas, vestidas para el tercer acto, conversaban detrás del «ojo» del telón. Una de ellas, empujándose sobre las puntas de los pies, y ensanchando el «ojo» con los dedos, para ver mejor, registraba la sala.

—Ya le veo,—dijo bruscamente.—¡Oh! ¡mala zorra!

Bordenave, escandalizado, se detuvo para no largarle un puntapie en el trasero. Pero el príncipe sonreía, feliz y excitado de haber oído aquello y envolviendo con la mirada á la jovencita, que tan poco caso hacía de Su Alteza. La muchacha reía descaradamente. Sin embargo, Bordenave decidió al príncipe á que le siguiera. El conde Muffat, bañado en sudor,

acababa de quitarse el sombrero; lo que más le molestaba era la pesadez del aire, condensado, caldeado, impregnado de olor fuerte, ese olor de los bastidores hediendo á gas, el engrudo de las decoraciones, la suciedad de los rincones oscuros, los bajos dudosos de las figurantas.

En el pasillo, la sofocación aumentaba; el olor agriollo de los aceites de tocador, los perfumes de los jabones procedentes de los cuartos, cortaban por momentos la respiración. Al pasar, levantó la cabeza el conde y dirigió una mirada al ojo de la escalera, sorprendido por la brusca oleada de luz y de calor que le caía sobre la nuca. Arriba oíanse ruidos de jofaina, risotadas y gritos, una batahola de puertas cuyos continuos abrir y cerrar daban paso á emanaciones de mujer, aguzados por el almizcle de los afeites. Y no se detuvo, apresurando su marcha, huyendo casi, llevándose en la epidermis el estremecimiento de aquel ardiente boceto de un mundo que le era desconocido.

—¿Qué tal? ¡es curioso un teatro por dentro!—decía el marqués de Chouard, con el aire complacido de un hombre que se encuentra como en su casa.

En esto Bordenave, que acababa de llegar, por fin, al cuarto de Naná en el fondo del corredor, dió vuelta tranquilamente al pomo de la puerta, y después, dejando sitio, exclamó:

—Si Su Alteza se digna entrar...

Un grito de mujer sorprendida dejóse oír; y vieron á Naná, desnuda hasta la cintura, ocultándose detrás de la cortina, mientras su camarera, en actitud de enjuagarla, permanecía con la toalla en la mano:

—¡Oh! ¡es una tontería entrar así!—gritaba Naná, oculta.—¡No entréis; ya veis que no se puede entrar!

Bordenave permaneció descontento por esta fuga:

—Salid, querida,—repuso;—eso no importa. Es Su Alteza... ¡Vaya! ¡no seáis niña!

Y, como ella se negara á presentarse, azorada todavía, pero riendo ya, añadió aquél, en voz áspera y paternal:

—¡Pardiez! Estos señores saben perfectamente como está formada una mujer. No os comerán.

—No aseguraría yo eso,—dijo finalmente el príncipe.

Todo el mundo se echó á reír, de una manera exagerada, con intención cortasana. Exquisita frase, absolutamente parisiense, como declaró Bordenave. Naná no contestaba; la cortina se movía; iba á decidirse, sin duda. Entonces, el conde Muffat, teñidas de púrpura las mejillas, examinó el cuarto. Era una pieza cuadrada, muy baja de techo, tapizada enteramente de una tela de color habana claro. La cortina, de la misma tela, sostenida por una varilla de latón, formaba en el fondo una especie de gabinete. Dos grandes ventanas daban al patio del teatro, á tres metros cuando más de una tapia leprosa sobre la cual, en la oscuridad de la noche, los cristales proyectaban cuadros amarillos. Un gran armario de luna hacía frente á un lavabo de mármol blanco, guarnecido de una desbandada de frascos y de cajas de cristal para los aceites, las esencias y los polvos.

El conde se acercó al espejo y se vió muy encendido, reluciendo en su frente finas gotas de sudor, bajó los ojos y fué á colocarse delante del lavabo, donde la jofaina, llena de agua de jabón, los pequeños enseres de marfil esparcidos y las humedecidas esponjas parecieron absorberle un instante. Aquella sensación de vértigo que había experimentado en su primera visita á Naná, en el bulevar Haussmann, le invadía de nuevo. Bajo sus pies sentía hundirse la blanca alfombra del cuarto; y los mecheros de gas que ardían junto al lavabo y al espejo esparcían silbidos de llamas alrededor de sus sienes.

Por un instante, temiendo desfallecer en aquel olor de mujer, que volvía á percibir allí, caldeado, decuplicado, sentóse en el borde del mullido diván, en-

tre las dos ventanas. Mas no tardó en levantarse y volvió junto al lavabo, sin mirar nada, fijos los ojos en el vacío, pensando en un ramillete de tuberosas que en otro tiempo se marchitara en su alcoba, y cuyas emanaciones le pusieron en peligro de muerte. Cuando las tuberosas se descomponen exhalan un olor humano.

—¡Despacha pronto!—murmuró Bordenave, asomando la cabeza detrás de la cortina.

El príncipe, entretanto, escuchaba complaciente al marqués de Chouard, quien, tomando del lavabo la mano de gato, explicaba la manera de aplicar el blanquete. En un rincón Satin, con su rostro virginal, contemplaba á aquellos señores; mientras que la camarera, señora Julio, preparaba la malla y la túnica de Venus. La señora Julio no tenía ya edad, pero sí apergaminado el rostro, con esos rasgos inmóviles de solterona á quien nadie recuerda haber conocido joven. Esta se había desecado en el ambiente abrasado de los cuartos, entre los muslos y los pechos más célebres de París. Llevaba un eterno vestido negro desteñido, y, en su corpiño plano y sin sexo, ostentábase hincada una selva de alfileres, en el sitio del corazón.

—Os pido mil perdones, señores,—dijo Naná descorriendo la cortina;—pero me he visto sorprendida...

Todos volvieron la cabeza. La joven no se había cubierto del todo; acababa sencillamente de abotonarse una pequeña chambre de percal, que le tapaba parcialmente el pecho. Cuando estos señores la habían puesto en fuga, comenzaba á desnudarse quitándose vivamente el traje de verdulera. Por detrás, su pantalón dejaba salir aún un extremo de la camisa. Y, desnudos los hombros, el seno descubierto casi, en su adorable juventud de gruesa rubia, continuaba teniendo cogida la cortina, para correrla de nuevo, al más mínimo azoramiento.

—Sí, me he visto sorprendida; jamás osaría...—bal-

buceó, fingiendo hallarse confusa, con rosados matices en el cuello y sonrisas zalameras.

—¡Vaya; si estáis perfectamente!—gritó Bordenave.

Ella arriesgó aún ademanes vacilantes de niña inocente, moviéndose como si le hicieran cosquillas, repitiendo:

—Su Alteza me honra demasiado... Ruego á Su Alteza que me perdone si le recibo así...

—Yo soy el importuno,—dijo el príncipe;—pero no he podido resistir, señora, el deseo de felicitaros...

Entonces, tranquilamente, para dirigirse á su lavabo atravesó Naná, en pantalones, por medio de aquellos señores, quienes le abrieron paso. Sobre sus amplias caderas, el pantalón se hinchaba, mientras que ella, inclinado hacia adelante el pecho, continuaba saludando con su fina sonrisa. De repente, pareció reconocer al conde Muffat y le tendió la mano, como amiga. Después la riñó porque no había asistido á su cena. Su Alteza se dignaba bromear con Muffat, quien tartamudeaba, estremeciéndose de haber tenido un segundo, en su ardiente mano, aquella manecita húmeda aun con las aguas del tocador.

El conde había comido fuerte con el príncipe, que era gran comedor y excelente bebedor. Ambos estaban un poco alegrillos; pero se mantenían muy dignos. Muffat, para ocultar su turbación, sólo halló una frase, sobre el calor.

—¡Dios mío! ¡qué calor hace aquí!—¿Cómo os arregláis, señora, para vivir en semejante temperatura?

Y la conversación iba á partir de este pie, cuando se dejaron oír voces ruidosas en la puerta del cuarto. Bordenave descorrió el ventanillo. Era Fontan, seguido de Prulliére y de Bosc, provistos cada cual de tres botellas bajo los brazos, y las manos cargadas de copas. Fontan llamaba voceando que eran sus días y que pagaba el champagne. Naná, con una mirada consultó al príncipe. ¡Cómo se entiende! ¡Su Alteza no quería causar estorbo á nadie y hasta se considera-

ría muy dichoso! Pero, sin esperar el permiso, entraba Fontan, ceceando y repitiendo:

—Yo, no borracho; yo pagar el champagne...

De repente, percibió al príncipe, que ignoraba que estuviere allí; y, deteniéndose un momento, adoptó un aire de bufa solemnidad, diciendo:

—¡El rey Dagoberto está en el pasillo, y solicita trincar con Su Alteza Real!

Sonrió el príncipe, y todos encontraron encantadora la broma. Sin embargo, el cuarto era pequeño para tanta gente. Fué preciso amontonarse. Satin y la señora Julio én el fondo, contra la cortina, y los hombres apiñados en torno de Naná semi-desnuda. Los tres actores llevaban aún sus trajes del segundo acto. Mientras Prulliére se quitaba el sombrero de Almirante suizo, cuyo inmenso penacho no hubiera cabido bajo el techo, Bosc, con su casaca de púrpura y su corona de hojalata, se afirmaba sobre sus piernas de borracho y saludaba al príncipe, como monarca que recibe al hijo de un poderoso vecino. Las copas estaban llenas; se brindó.

—¡Brindo por la salud de Su Alteza!—dijo majestuosamente el viejo Bosc.

—¡Por el ejército!—añadió Prulliére.

—¡Por Venus!—gritó Fontan.

Complaciente, el príncipe balanceaba su copa. Esperó y saludó tres veces, murmurando:

—Señora... almirante... sire...

Y apuró la copa, de un trago. El conde Muffat y el marqués de Chouard le habían imitado. No se bromaba ya; se estaba en la corte. Aquel mundo del teatro prolongaba el mundo real, en una farsa grave, bajo el ardiente resplandor del gas. Naná, olvidando que estaba en pantalones, y que le salía un extremo de la camisa, representaba la gran señora, la reina Venus, recibiendo en sus departamentos reservados á los personajes del Estado. A cada frase soltaba las palabras: «Alteza Real», hacía saludos convencidos y

trataba á Bosc y á Prulliére como á un soberano acompañado por su ministro. Y nadie se reía de tan extraña mescolanza, de ese verdadero príncipe, heredero de un trono, que bebía el champagne de un comiquillo muy complacido en ese carnaval de los dioses, en ese mascarada de la dignidad real, en medio de un pueblo de camareras y de muchachas perdidas y de exhibidores de mujeres.

Bordenave, entusiasmado con este cuadro, pensaba en las entradas que tendría, si Su Alteza se dignara presentarse de aquél modo, en el segundo acto de la «Rubia Venus.»

—¡Ea!—gritó, familiarizándose ya;—¡voy á hacer que bajen mis mujercitas!

Naná se opuso. Sin embargo, ella misma se iba abandonando. Fontan la atraía con su grotesca figura. Frontándose contra él, cubriéndolo con una mirada de mujer embarazada que siente antojo de comer alguna cosa sucia, le tuteó de repente:

—¡Vaya, sirve más champagne, animal!

Fontan llenó de nuevo las copas; y bebieron, repitiendo los mismos brindis:

—¡Por Su Alteza!

—¡Por el ejército!

—¡Por Venus!

Pero Naná reclamaba el silencio, con un gesto; y levantando su copa muy alto, dijo:

—No, no; ¡por Fontan!... ¡Son los días de Fontan!... ¡por Fontan! ¡por Fontan!

Entonces, brindaron por tercera vez, aclamando á Fontan. El príncipe que había visto que la joven se comía al cómico con la mirada, saludó á éste:

—Señor Fontan,—dijo con su distinguida galantería,—brindo por vuestros triunfos.

Entretanto, los faldones de la levita de Su Alteza enjugaban el mármol del lavabo. Aquello era como un fondo de alcoba, como un angosto cuarto de baño, con el vapor de la jofaina y de las esponjas y el

violento perfume de las esencias mezclado en el aroma de embriaguez agridulce del vino de Champagne. El príncipe y el conde Muffat, entre los cuales se encontraba presa Naná, veíanse precisados á levantar las manos, para no rozarle las caderas ó el pecho, al menor de sus gestos. Y, sin una gota de sudor, la señora de Julio esperaba, con su aire tieso, mientras que Satin, admirada, en su vicio, de ver á un príncipe y á unos caballeros de frac alternando con hombres disfrazados junto á una mujer desnuda, pensaba que las gentes de «chic» no eran tan limpias como creía.

A todo esto, íbase aproximando, por el pasillo, el retintín de la campanilla del tío Barillot, quien, al llegar á la puerta del cuarto, se quedó sorprendido viendo á los actores todavía con los trajes del segundo acto.

—¡Oh, señores! ¡señores!—tartamudeó;—daos prisa... Acaba de darse la señal en el salón de descanso.

—¡Bah!—dijo tranquilamente Bordenave,—el público esperará.

Sin embargo, después de nuevos saludos, y como quiera que las botellas estuviesen vacías, los cómicos subieron á vestirse. Bosc, que había mojado su barba con champagne, acababa de quitársela, y bajo aquella barba venerable, el borracho había reaparecido bruscamente, con su devastada y azulada faz de actor viejo dado al vino. Y, al llegar al pie de la escalera, se oyó que decía á Fontan, con su voz aguar-dentosa, refiriéndose al príncipe:

—¿Qué tal? ¡le he aplastado!

En el cuarto de Naná, únicamente quedaban Su Alteza, el conde y el marqués. Bordenave se había marchado con Barillot, á quien encargaba que no llamase, sin antes advertir á la señora.

—Con permiso, señores,—dijo Naná, poniéndose á retocar sus brazos y su rostro, con sumo esmero, para el desnudo del tercer acto.